ni RUBIA ni PELIRROJA

Alberto Rey

mr̄

Alberto Rey

Ni rubia ni pelirroja

mr

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2015, Alberto Rey
© 2015, Ediciones Planeta Madrid, S. A.
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com
ISBN: 978-84-270-4178-3
Depósito legal: B. 2.870-2015
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Impresión: Huertas, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Señora muy guapa en televisión

«A ningún crítico le gusta Amanda, pero a la gente le encanta». Esto último Silvia lo decía mejor, separando mucho las dos palabras y estirando la segunda «a» todo lo posible. Le-encaaaaaaaaaanta. Lo decía a menudo, casi más para ella misma que para los demás, porque ella era la primera que creía que *Amanda* era una mierda y que los críticos tenían si no razón, sí docenas de argumentos con los que ella, si pudiese, si le dejasen sus jefes y su extracto de la Visa, estaría de acuerdo en público. A la única a la que el «le encanta» con muchas aes parecía convencer era a Eva. Y lo mismo ni eso.

También era verdad que Eva no necesitaba que Silvia le dijese que a las amigas de su madre Amanda les encantaba. Lo sabía de primera mano. Y que a las señoronas que de vez en cuando la paran por la calle para pedirle un autógrafo o hacerse una foto con ella también les pasaba. Amanda nos encanta y tú nos encaaaaantas. Lo mismo podía decirse de Helena, la mujer ucraniana que limpiaba el piso de Eva tres veces por semana, por mucho que reconocer públicamente esa afición fuese en su caso casi motivo de despido procedente. *Amanda* se

emitía justo a la hora en la que Helena trabajaba en casa de Eva, así que, ya que la veía en horas de trabajo, qué menos que decirle que «Señora muy guapa en televisión». El verbo «encantar» Helena todavía no se lo sabía.

Dado que las tres, Silvia, Eva y Helena, vivían de Amanda, se andaban con cuidado de no criticarla. Cuatro años antes Silvia era el hazmerreír de la profesión, como responsable última de una humillante ristra de proyectos televisivos catastróficos, Eva se pasaba la vida en las portadas de las revistas sensacionalistas negando ser puta (terminó diciéndolo así, con todas las letras) y Helena acababa de llegar a España. Gracias a *Amanda* Silvia era una productora aún despreciada por sus colegas pero de nuevo rica, Eva había pasado del «modelo/actriz» (o «puta/puta» para algunos) a un tímido «aprendo día a día en esta maravillosa profesión que es ser actor» y Helena limpiaba en cuatro casas, de vez en cuando envía pequeñas sumas de dinero a Ucrania y con un «Señora muy guapa en televisión» se compraba el pasarse una hora diaria frente a la tele en horario laboral, bebiéndose el café de Señora (muy guapa) y poniéndose las cremas de Señora (muy guapa). Progresar: ese verbo que no significa lo mismo para todo el mundo.

Metro noventa y cinco (sin tacones)

El taxi avanzaba poco a poco por un Madrid atascadísimo en uno de esos días de diciembre en los que llueve y parece que todo el mundo ha decidido dirigirse al centro de la ciudad en coche, como si allí hubiese un enorme agujero negro capaz de engullir a todos los vehículos mientras sus ocupantes pasan la tarde haciendo sus compras navideñas. Silvia le mostró a Eva una fotografía en la pantalla de su teléfono móvil: gente empapada, apelotonada y sonriente, bajo un enorme cartel de *Amanda* en el que Eva/Amanda, vestida con un ajustadísimo traje de chaqueta y calzando tacones rojos y caros ponía cara de sorpresa, colocada entre sus dos galanes, Alfonso y George, el primero vestido con traje oscuro y el segundo simplemente cubierto con una toallita ceñida a su tonificada cintura. La foto había sido retocada para que Eva pareciese bastante más alta que Alfonso y George, cuando en la realidad Alfonso y ella (con tacones) eran de la misma estatura y George (sin tacones), bastante más bajito. Pero gracias a la magia de la tele y de los carteles gigantes de la Gran Vía, Amanda tenía aquella noche estatura de masái blanca y Alfonso

y George unos convenientes dos o tres centímetros menos. Los mismos que había de agua sucia en el suelo frente a ese póster embustero. Los fans de Amanda se fotografiaban ante él por turnos aunque para ello tuviesen que meter los pies en un charco. Y hasta que Eva no llegase al cine, no parecían tener ninguna intención de sacarlos de ahí.

Seguía lloviendo y el taxi apenas avanzaba. Eva miró su reloj nerviosa y se inclinó un poco hacia delante en el asiento trasero del taxi para que el conductor supiese que iba a dirigirse a él, y no a Silvia.

—¿Cuándo calcula usted que llegaremos?

—No puedo ir más rápido, señorita, qué más quisiera yo. Estamos todos parados. Pero vamos, es lo de siempre, cada vez que llueve parece que todo Madrid coge el vehículo particular, cuando lo que tendrían que hacer es ir en metro, que está para días como este, y dejarnos circular a los profesionales con tranquilidad. Aparte de que seguramente usted tiene cosas mucho más importantes que hacer que estar aquí parada, en medio de la calle. Así va el país. Así va el país.

El «usted» y no «ustedes» deja claro que la importante en ese coche era Eva, y que Silvia no era más que un accesorio, una sirvienta, la nada. Una señora cogida al azar. Silvia fingía relativamente bien que eso no le importaba (su telepático «no me he gastado quinientos euros en peluquería hoy para que un gilipollas como tú me ignore» había pasado desapercibido) y Eva estaba ya acostumbrada a taxistas intentando mirarle las tetas a través del espejo retrovisor. Le dedicó una sonrisa perfectamente educada mientras seguía pasando con el dedo las fotos en el teléfono de Silvia: foto de fans em-

papados, foto de más fans empapados, foto de la escena desde lejos, con el tramo de acera frente al cine repleto de gente, más fans empapados, MÁS fans empapados, un plano general del cartel («joder, parezco una giganta, o un travesti») y luego galería interminable de personajes más o menos famosos asistentes al preestreno del último episodio de la cuarta temporada de *Amanda.* Tofos frente a los fotógrafos, en poses casi idénticas. Todos esperando a que ella llegase. ELLA. Amanda.

Tras un tercer «así va el país», el taxista se despistó y casi atropella a un anciano que intentaba cruzar en un paso de cebra. El pobre abuelo, al borde del infarto por el susto, ignoraba que dentro de aquel taxi sin frenos a una modelo/actriz se le había salido un pezón del vestido y un taxista lo había podido ver a través del espejo retrovisor. Le habría interesado menos saber que en el taxi también iba Silvia, o escuchar su historia de cómo ahora sí podía pagar la hipoteca y, si le apetecía, gastarse una suma indecente en la peluquería, incluso sabiendo que treinta segundos de lluvia serían suficientes para tirar a la basura el equivalente en tinte y secador al salario medio de un científico recién contratado. Uno que intente curar el cáncer, por ejemplo.

Perro mojado

El cine olía a perro mojado, a abrigo de piel regulera y a actor de provincias ensayando poses para llamar la atención de algún productor antes de que la barra de gintonics patrocinados empezase a funcionar y todos los gatos fuesen, además de pardos, borrachos. El patio de butacas estaba ocupado por los invitados de la productora y la cadena, y por un surtido de famosos de todos los pelajes (mojados y reguleros), de esos que lo mismo te rellenan una gala de premios de lo que sea que la inauguración de un supermercado ecológico. Las localidades de los dos pisos superiores se habían sorteado entre los fans de *Amanda* que habían participado en varios concursos, el más goloso de los cuales no solo ofrecía como premio dos invitaciones al estreno sino también el viaje a Madrid desde cualquier punto del país, una noche de hotel y una cena en un restaurante pretencioso en el que se habían grabado unas cuantas secuencias de *Amanda.* Los afortunados habían sido Loli y Eduardo, una pareja de Almería. Se habían conocido en la primera reunión masiva del club de fans oficial de la serie, pero ese relato chica-conoce-chico (que al departamen-

to de marketing de la cadena le habría gustado tanto) no lo contaban demasiado, pues les daba un poco de vergüenza. Sobre todo a Eduardo. Tan difícil era darle lógica a esa historia de amor que, si hubiese sido ficción en vez de realidad, ni el mejor guionista habría sabido escribirla.

Para entretener a los que llevaban sentados ya casi una hora, en la pantalla del cine se proyectaba en tiempo real lo que ocurría en la entrada del local. Cuando en ella apareció Eva, flanqueada por Silvia («y esa señora ¿quién es?», se escuchó en la sala) y alguien de la organización del evento, comenzó el griterío. Sobre el alfombrado rojo y mojado los fotógrafos comenzaron a rodear a la estrella y a disparar flashes. En la sala los invitados dejaron de juguetear con sus teléfonos móviles y los fans enloquecieron. Cada uno en su papel. Entonces la imagen de Eva en primerísimo plano fue sustituida en la pantalla por un enorme número 100. Comenzó a escucharse una canción pop, en francés, en bucle.

Se esperaba que el episodio 100 de Amanda batiese el récord de audiencia de la serie y, de paso, de la cadena. Dentro de dos días se confirmaría, pues el episodio se emitiría al día siguiente, en su horario habitual. Y dos días después, a primera hora, los ejecutivos de la cadena sabrían si había que brindar con cava de supermercado o con champán francés. Adelantemos acontecimientos (spoiler): champán francés.

Eva avanzaba por el pasillo central del patio de butacas con la seguridad que le daba el haber llevado, en su época de modelo («insisto, esos rumores sobre mi persona son falsos»), vestidos mucho más aparatosos que el que el estilista de la cadena había elegido para el estreno.

Los ocupantes de las primeras butacas de cada fila se giraron hacia la protagonista, como en las bodas. Eva llegó a la suya y se sentó entre el presidente de la cadena y un presentador de informativos. Aplausos y gritos desde las plantas superiores. Tres sitios a su izquierda, Silvia. En el gallinero, Manuel y Loli (aquí termina su historia en esta novela, por cierto). Se apagaron las luces del cine y en la pantalla desapareció el número 100 y apareció Eva. O mejor dicho, Amanda. O simplemente «señora muy guapa en televisión».